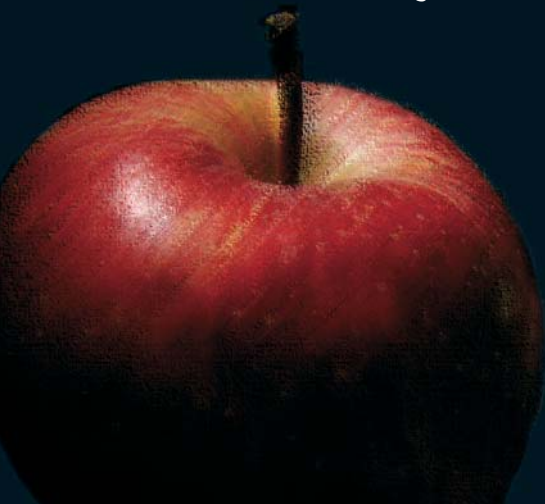


AFRODISÍACOS

¡Qué bien huelo...
mejor sabré!

Maite Garrido Courel



Desde tiempos inmemoriales, los seres humanos nos hemos visto inquietados por la existencia de sustancias capaces de llevarnos al campo de la sensualidad y del erotismo sin necesidad de ningún tipo de esfuerzo por nuestra parte. Olores, sabores, ungüentos, perfumes, drogas naturales y sintéticas... Sustancias como las citadas han tenido el poder casi místico de transportarnos al universo de los sentidos en una espiral de placer orgásmico. La alquimia del deseo ha llegado a fascinar desde químicos hasta artesanos, pasando por magas y brujos de este y de otros mundos, teniendo todos ellos un objetivo común: destilar esa sustancia mágica que convertirá en los mejores amantes a aquellos afortunados que se deleiten con su sabor. Grande ha sido la búsqueda de este ingrediente sensorial e incluso a veces hasta peligrosa, rozando siempre los límites de la cantidad permitida, pudiéndose convertir éste en veneno. Del máximo placer a la muerte, o más romántico si se prefiere: morir gozando.

Un afrodisíaco, cuyo nombre proviene de la diosa griega del amor, Afrodita, es cualquier sustancia que en teoría aumenta el apetito sexual. Algunos afrodisíacos suelen funcionar estimulando ciertos sentidos (vista, tacto, olfato y oído); otros se toman en forma de comida, bebidas, bebidas alcohólicas, “filtros amorosos”, drogas, o preparados medicinales. Ya en el Kama Sutra, texto amoroso hindú, se indican muchas maneras para que el hombre incremente su vigor sexual a través de alimentos tales como la leche y la miel, que siempre han sido reconocidos como fuente de energía. En la medicina tradicional china se usaban remedios a

base de hierbas, como la raíz de ginseng, para potenciar la longevidad y el vigor sexual. Los árabes destacaban el valor de los perfumes, las fragancias y cosméticos para multiplicar el placer sexual. Hoy en día se pueden considerar afrodisíacas sustancias tales como el alcohol, por su propiedad desinhibidora.

La ciencia moderna sólo reconoce un pequeño número de sustancias afrodisíacas; una de ellas es la cantárida (“mosca española”), formada por restos secos y triturados de pescado. Pero debe tenerse cuidado, pues debido a su elevada toxicidad es extremadamente peligroso utilizarla como excitante para los humanos.

Comida irresistible

Lo mejor de todo esto es que los afrodisíacos naturales más utilizados como el ajo, la cebolla, el azafrán, etc., se pueden encontrar en cualquier cocina. Son el puente que une a la gula con la lujuria; únicamente hace falta un poco de conocimiento al respecto y, sobre todo, mucha imaginación.

Canela: Sobre las propiedades de este condimento ya han ha-

blado mucho, incluidas nuestras abuelas. Parece ser que añadida a licores suaves el efecto es inmediato. También dicen que aplicada en dosis elevadas puede ser un mortífero veneno.

Frambuesa: Esta fruta es más adecuada para la mujer ya que contribuye a relajar los órganos sexuales y facilita el acto amoroso en el hombre.

Manzana: Utilizada ya con bastante éxito por Eva, es quizá el primer afrodisíaco conocido. Eso sí, ha de ser roja y bien jugosa.

Miel: Aquello de irse de luna de miel no era una tontería, pues era costumbre regalar a los amantes jarras llenas de miel para que sus primeros escarceos amorosos tuvieran éxito.

Hay un sinfín de alimentos que histórica y mitológicamente han sido tratados como afrodisíacos. Así mismo, hay infinidad de libros que recogen todas las recetas que se podrían llevar a cabo. En este apartado cabría incluir el libro “Afrodita” de Isabel Allende, que precisamente es una compilación de toda sustancia



considerada como estimulante para aquél o aquella que se atreve a investigar. Laura Esquivel en su exquisito libro “Como agua para chocolate”, todo él dedicado a la influencia de la comida en nuestras vidas, da una receta de codornices con pétalos de rosa que provoca en sus comensales un desaforado impulso sexual.

Tal vez los afrodisíacos no existan como tales, aunque la importancia que se les ha dado a lo largo de la historia indica lo contrario. Lo que sí es seguro es que nuestra propia capacidad de sugestión es tan poderosa que somos capaces de imbuir virtudes mágicas y seductoras a alimentos y objetos con el simple hecho de desearlo. Sin duda, el mejor afrodisíaco es el propio cuerpo y sus muchos olores y sabores lo cual, de verdad, nos hace irresistibles. F